

Nov - 11 - 921

98

El Desarme de las Naciones, considerado en los pasados tiempos como un ideal únicamente, a cuyo servicio muchos grandes hombres pusieron sus esfuerzos, ha pasado en la actualidad a convertirse en una necesidad ingente e inaplazable, por constituir los actuales Ejércitos, el fardo más voluminoso y pesado que soporta sobre sus espaldas la Humanidad. El porcentaje de brazos que trabaja y que produce, está perdiendo fuerzas cada día, debilitando sus energías y agotando su paciencia, sin guardar proporción con el porcentaje de bocas que consume y que no desarrolla sus actividades sino para la destrucción, en todas sus formas. Bajo estas condiciones, se ha producido un desequilibrio tal, que de no conjurarse, nos llevará irremisiblemente a la catástrofe.

La última Guerra Mundial ha dado como único y costoso fruto, el convencimiento de que el período de la fuerza bruta ha pasado; de que las grandes conquistas de la Humanidad están reservadas a la Moral y a la Ciencia, y de que es necesario volver a las actividades que entrañan estas dos grandes tendencias, el inmenso conjunto de energías mentales y físicas, absorbido actualmente por los Ejércitos. Por eso, no habrá un solo ser humano que no aplauda sin reservas la idea del Desarme, es decir: la reducción de los Ejércitos a un número indispensable para garantizar el orden y la tranquilidad interiores de sus respectivos Países.

Hay, sin embargo, con referencia al Desarme, tres puntos importantes que investigar:

Primero:-Si la exigencia material del Desarme se compadece con la etapa moral por la que atraviesa la Humanidad.

Segundo:-Si el camino que se ha tomado, a juzgar por lo poco que ha trascendido al dominio público, es el más corto para la

realización de tan noble fin y,

Tercero:-Si los representantes de los Países invitados a discutir sobre este tema, pospondrán los intereses de los países que representan a los intereses de la Humanidad.

Por lo que respecta al primer punto, es indiscutible que al suprimir la fuerza bruta, tendrá que darse a la moral su verdadero alcance y valor, aceptando sus dictados como fallos para definir y respetar los derechos de todos y cada uno de los hombres, así como los de todos y cada uno de los pueblos, derechos cuya definición nunca podrá precisarse mientras no se concedan por igual a todos los hombres, cualesquiera que sean su origen, su color, su lengua o su religión, y mientras no sean considerados, asimismo, iguales los derechos de todos los pueblos que integran la familia humana. Es necesario, pues, para que el Desarme al realizarse, no signifique un nuevo fracaso, que el nivel moral de la actual generación sea lo bastante elevado para permitirle discernir y respetar los derechos ajenos, limitando sus exigencias a los propios.

Con referencia al segundo punto, el hecho de que no se haya invitado a un considerable número de naciones a tomar parte en conferencias tan trascendentales para la Humanidad entera, donde además del Desarme o limitación de los armamentos se discutirán otros puntos que introducirán verdaderas innovaciones en el Derecho Internacional, da cabida a la presunción de que no existe, por parte de los congregados a discutir tan importantes asuntos, la intención de usar procedimientos persuasivos para que sus acuerdos sean aceptados por los Países que han quedado excluidos de ese Congreso, en cuyo caso el anhelado Desarme se entorpecería, no pudiendo llevarse a cabo, antes de imponer los acuerdos del citado Congreso a los Países que no quisieran someterse a ellos.

Sobre el tercer punto, y con el deseo más sincero de incurrir en un error, ya que tantos beneficios indicaría para la Humanidad, soy de opinión que los intereses de los Países allí representados ocuparán el primer término en el tapete de las discusiones.

Ahora, visto el problema bajo su aspecto filosófico e histórico, tendremos que dudar de que, aun conseguido el Desarme o limitación de los armamentos, se alcancen las finalidades morales deseadas, ya que no hemos de atribuir a las armas las desgracias que han tenido su origen en los malos instintos de los hombres. Las armas han sido una necesidad de la guerra, y nunca la guerra una necesidad de las armas. En todas las épocas, desde que la Humanidad ha podido compilar en la Historia su pasado, encontramos que para la guerra, lo único que se necesita son los hombres. Las armas se improvisan en el momento de la lucha, y si fuera dable suprimir todo aquello que el Genio de la destrucción ha inventado durante los últimos siglos, veríamos a los hombres tallar sus armas en piedra, y luchar entre sí, cuerpo a cuerpo, retornando a los tiempos primitivos. Por lo demás, si atribuimos los inauditos estragos de la Guerra a las armas modernas, tendríamos que tomar en cuenta y condenar también los modernos sistemas de comunicación, que son factores decisivos en las luchas, facilitando a las naciones los medios de conducir rápidamente a través de las distancias, ejércitos formidables para llevar la Guerra, en muchos casos, a países menos fuertes, y tendríamos, en fin, que condenar mucho de lo bueno que la Civilización tiene, atribuyéndole ingenuamente un mal que radica única y exclusivamente en la conciencia humana.

Si la Humanidad ha llegado a la dolorosa conclusión de que

se ha descuidado en absoluto la paralela que debieron haber seguido el progreso material y el progreso moral, y que nos encontramos en una etapa de adelanto material e intelectual que no hace sino proporcionar a nuestros instintos más y mayores medios de destrucción, quizás sea tiempo de que esta verdad, por amarga y dolorosa que sea, encuentre eco en la conciencia colectiva, y busquemos en la Moral y en la Ciencia, y únicamente en la Moral y en la Ciencia, el último refugio y el faro protector para dirigir, sobre nuevas rutas, las actividades humanas; confesando la magnitud de nuestros errores; reconociendo que todos los seres humanos, así como los pueblos, tienen los mismos derechos y los mismos deberes, y que los privilegios los crearon en su favor los primeros que dispusieron de la fuerza bruta, mutilando con ella los derechos de sus semejantes; y quizás, con esto, pudiéramos legar a las futuras generaciones un estado de cosas menos angustioso.

México, 11 de noviembre de 1921.

ALVARO OBREGON.